

## AL MAESTRO, CON CARÍÑO: LUIS JAIME CISNEROS (1921-2011)

**José Antonio Mazzotti**

*Tufts University*

Pocos son los maestros que han producido un impacto tan duradero y fecundo en numerosas generaciones de estudiantes e intelectuales como Luis Jaime Cisneros. Y muchos menos los que han hecho, además, múltiples y valiosas contribuciones en los campos de la literatura colonial, de la lingüística, del fortalecimiento de las instituciones culturales y de las prácticas democráticas. Al definir a una de esas poquísimas personas, el nombre de Luis Jaime Cisneros, pensador de amplitud admirable, surge con perfiles nítidos, inspirando solamente gratitud.

Lo conocí una tarde de marzo de 1978, cuando, entre ingenuo y esperanzado, iniciaba mis estudios en la carrera de Letras en la Pontificia Universidad Católica, en Lima, ciudad que lo había visto nacer, partir y volver, y que desde el 20 de enero de este 2011 guarda sus restos entre los más distinguidos de una brillante serie de intelectuales peruanos. Desde aquel primer encuentro, y más adelante como colegas y amigos, compartió sus abrumadores conocimientos y su ingenioso buen humor, dos canteras en él inagotables y que siempre puso al alcance de sus discípulos y quienquiera que se le acercara al final de una clase o en su babélico despacho.

Luis Jaime fue hijo del escritor Luis Fernán Cisneros, quien a su vez fue vástago de Luis Benjamín Cisneros, asimismo poeta y dramaturgo. Al partir su padre al exilio en 1925, durante la dictadura de Augusto B. Leguía, Luis Jaime tenía apenas cuatro años de edad. Haría, pues, sus estudios escolares y universitarios en Buenos Aires. Después de cursar medicina, decidió dedicarse a la filología, guiado por nadie menos que don Amado Alonso.

Regresó al Perú a los veintiséis años y se integró a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, primero como doctorando y luego como docente. Pero sus cualidades no se limitaron a la enseñanza universitaria y la investigación del mundo colonial, especialmente de las obras de Diego Dávalos, Diego Mexía de Fernangil y Juan de Espinosa Medrano, El Lunarejo, a quienes dedicó durante varias décadas importantes ensayos y ediciones. Su fecunda labor como lingüista lo llevó desde temprano a publicar más de diez libros (*Appendix probi*, 1952, *Lenguaje*, 1953, *Formas de relieve en el español moderno*, 1955, *El estilo y sus límites*, 1958, *Lengua y estilo*, 1959, *El funcionamiento del lenguaje*, 1991, entre otros) y llegó más adelante a ser Presidente de la Academia Peruana de la Lengua entre 1991 y 2005, años en que revitalizó esa institución. Por si fuera poco, ejerció también el periodismo, siendo director de dos diarios de circulación nacional (*La Prensa* de 1976 a 1978 y *El Observador*, periódico que ayudara a fundar, de 1981 a 1983). Una vez, sin embargo, me confesó que sus encuentros con el periodismo habían sido “accidentales y accidentados”, y que prefería claramente la investigación y la docencia.

A mí, ya muchos años después de su retorno al Perú en 1947, me tocó tenerlo como maestro de lingüística estructural, de psicolingüística, y de gramática generativo-transformacional, entre otras, hasta entonces, abstrusas materias. Lo más interesante de sus clases era que uno salía con más preguntas que respuestas, pues su método, claramente mayéutico, consistía en hacer que sus alumnos pensarán independientemente y trataran de encontrar ellos mismos las respuestas. Claramente recuerdo una sesión en que tuvo a un auditorio de más de doscientos alumnos en vilo por hora y media con la simple pregunta “¿para qué sirve la gramática?”. En otra ocasión, cuando tras una noche de fulgor poético se me ocurrió llegar cuarenta y cinco minutos tarde a una mañanera clase de dos horas, Luis Jaime optó por cortar la reunión a los cinco minutos de mi entrada en el aula, sin dar explicaciones y dejando salir a sus alumnos una hora antes de lo programado. Más adelante, como profesor, he valorado como nunca esa irónica lección.

Durante el Primer Congreso Internacional de Peruanistas en el Extranjero, que se llevó a cabo en la Universidad de Harvard en 1999, Luis Jaime y su esposa, Sara Hamann, asistieron a un almuerzo en el que también se encontraban importantes personajes de las letras y las ciencias sociales peruanas, como Rodolfo Cerrón Palo-

mino, Carmen Rosa Balbi y Rodolfo Hinostroza. A todos nos dejó Luis Jaime boquiabiertos cuando recitó, completo y en francés impecable, *Le cimetière marin* de Paul Valéry. Tal era su amor a la poesía.

Luis Jaime Cisneros recorrió con lumbre los vericuetos del mundo colonial peruano, rescatando a través de sus artículos y ediciones textos de raro valor. Con motivo de mi reedición el 2000 del “Discurso en loor de la poesía”. *Estudio y edición* (1964), de otro gran maestro, Antonio Cornejo Polar, sobre el célebre poema de la Anónima (mal llamada Clarinda), Luis Jaime aceptó colaborar remozando un texto inédito de 1950 sobre ese enigmático poema que aparece entre los preliminares de la *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias* (1608) del poeta sevillano Diego Mexía de Fernangil. Esta obra es una traducción de las *Heroidas* de Ovidio, colección de veintidós cartas en verso de personajes femeninos de la mitología y la historia grecorromana, y del poema *In Ibis*, también de Ovidio, dedicado a uno de sus execrables enemigos. Mexía opta por la traducción en tercetos, e incluye como uno de los prólogos el largo poema de la Anónima, que ha motivado más estudios que la propia traducción. El poema es también la mejor fuente para enterarnos de la existencia de una supuesta Academia Antártica, que habría agrupado en Lima a una veintena de poetas, entre criollos y peninsulares, capaces de competir con sus homólogos en España.

Luis Jaime Cisneros fue uno de los primeros críticos que examinaron la obra de la Anónima desde un punto de vista filológico, identificando muchas de sus fuentes y referencias y superando así la consuetudinaria crítica biografista, centrada en desentrañar la identidad de la autora y hasta de si se trataba realmente de una mujer y no del mismo Mexía o alguno de sus compañeros de letras, que habrían perpetrado la “superchería” (así la llamó Luis Alberto Sánchez) para blasonar sobre la existencia de una misteriosa y culta dama criolla del Perú y divertirse de este modo con el público español.

Otra notable contribución fue su edición anotada, en 1955, de la *Defensa de damas* (1603), que constituye el Coloquio 45 y último de la *Miscelánea austral* (1602), enjundiosa sucesión de diálogos sobre el amor y muchos otros temas, algunos relacionados con la gente y la geografía del Perú, entre los personajes Delio y Cilena. Estos no serían sino la transposición literaria del propio Dávalos y su esposa, doña Francisca de Briviesca y Arellano, en las alturas de Charcas, donde el poeta astigitano encontraría tardía morada.

Luis Jaime Cisneros fue también responsable, el 2005, de la edición anotada (la más completa hasta ahora) del eruditísimo *Apologético en favor de don Luis de Góngora* (1662), del cuzqueño Juan Espinosa Medrano, El Lunarejo, obra maestra de barroco americano y clara sustentación de la alta calidad de los ingenios criollos. El prólogo de Cisneros es un emporio que resume décadas de investigación.

La última vez que vi a Luis Jaime fue durante el congreso que organizó en Lima la Academia Peruana de la Lengua en abril del 2009 con motivo de los cuatrocientos años de la publicación de la Primera Parte de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso. Luis Jaime presentó una minuciosa elaboración de las fuentes para el concepto de traducción que Garcilaso manejaba, demostrando la enorme presencia de Juan de Valdés en la configuración de lo que sin duda sería una verdadera traducción intersemiótica del mundo andino quechuahablante al castellano florido de la pluma del Inca con el Barroco ya *ad portas*.

Hoy las nuevas generaciones de investigadores, mayormente entrenados en perspectivas postestructuralistas, postcoloniales y estudioculturalistas, podrían quizá encontrar que el acercamiento textual de Luis Jaime Cisneros pertenece a épocas pasadas y a preocupaciones que responden a una visión inmanentista de los procesos literarios. Sin embargo, sus trabajos siguen siendo de inevitable consulta, y su rigor es en sí mismo un venero profundo de contenidos finísimos y de metodología probatoria que difícilmente caducarán.

Tratándose de un número sobre cine éste de la *RCLL*, era inevitable para mí, al escribir esta nota, pensar en la clásica cinta de James Clawell en 1967, *To Sir, With Love*, en que un noble como valiente maestro logra encaminar a una banda de rebeldes en el estudio y el amor al conocimiento y la vida.

Estoy seguro de que nadie que pasara por sus clases o haya trabajado temas de lingüística o literatura colonial en el Perú podría estar en desacuerdo con tan clara analogía.

Hasta siempre, Maestro.